

LAGUNAS; D. (2018) *El quehacer del antropólogo. Métodos antropológicos para el estudio de la sociedad y la cultura*. Barcelona: Edicions Bellaterra.

José Antonio González Alcantud

Quizá la antropología haya llegado a su máximo grado de influencia en las sociedades contemporáneas. Está omnipresente en el debate de las ciencias sociales, pero también en el debate público. A título de ejemplo: entro en un museo de arte moderno —el Marco Asilo de Roma, en particular— y encuentro libros de antropología junto a los consabidos de arte. Me parece un logro que la antropología se haya abierto un hueco en lugares antes hostiles como este. Luego, me aclaran que incluso el director del centro es antropólogo. Recuerdo, por lo demás, que el antropólogo argentino-mexicano N. García Canclini ha dirigido la Bienal de Sao Paulo. Gloria disciplinar, pues.

Esta influencia creciente debiera llevar a reescribir la historia de la disciplina, excesivamente tecnificada en torno a un santoral ascendente de «estilos» sucesivos —el estilo aquilatado a «ismo» es un modo particular de concebir la cultura, según A. L. Kroeber—. Habría que incluir en nuestro relato, para hacerlo más complejo y veraz, a figuras tan heteróclitas como el historiador del arte Aby Warburg, el poeta-cineasta Pier Paolo Pasolini o el historiador Américo Castro, por solo citar a tres personalidades públicas que hablaron explícitamente de «antropología», y hoy se encuentran desplazadas de la singular historia de la antropología. De hecho, David Lagunas nos habla en su volumen de cómo la disciplina se ha hecho con mucho conocimiento local, lo que nos obliga a repensar la epistemología y el discurso narrativo que le dan sentido.

En este discurrir, el profesor Lagunas, antropólogo transterrado, catalán de nacimiento, que vivió largos años en el México profundo, y que ahora ejerce en la Andalucía más genuina, en Sevilla, ha querido innovar el discurso introduciendo al cabo de su reflexión clásicos y menos clásicos, incluso españoles y latinos. La historia del método debe ser recentrada para no correr por los caminos trillados.

David Lagunas, con ese bagaje en su faltriquera, ha tenido la valentía de introducirse en el bosque oscuro y peligroso de los «ismos», a la búsqueda de instrumentos metodológicos renovados. Siguiendo al físico Thomas Kuhn y sus «paradigmas científicos», orientados teleológicamente a sucederse en concatenación lógica, pero no privándose de establecer ciertas distancias con él. En realidad, hoy en día la teoría antropológica, en vez de adquirir consistencia «ísmica», lo que ha hecho es diluirse en el magma inabarcable de las ciencias sociales y humanas, cada vez más transdisciplinar y etéreo. Empero, como este libro suyo ha surgido de la necesidad de transmitir, de enseñar al próximo, es decir, a los estudiantes, ha tomado la materia antropológica por el lado del «método». Método directo, el antropológico, que tiene la ambición de romper el cristal que separa el despacho enclaustrado de la realidad callejera, pero que precisa como apoyo del punto de vista específico, dubitante por plural, de la historia disciplinar. No nos detendremos en el recorrido exhaustivo del doctor Lagunas, ya que cae fuera de nuestras posibilidades. De su gavilla de numerosas ideas solo retendremos aleatoriamente algunas dialógicas.

Recorre Lagunas métodos clásicos como el evolucionista, hoy ampliamente contestado incluso en los museos de etnografía —véase el canto antievolucionista de los museos Branly y del Hombre, de París—. También el simbólico, menos doblegado, en torno al cual aún gira una parte sustantiva de la antropología. Dejar la antropología anclada al símbolo es reducirla a una sola expresión cultural, dejando de lado hechos, acciones, materia, etc., que pueden o no participar del simbolismo. Del método comparativo sostiene el doctor Lagunas que es una suerte de abuso evolucionista a la búsqueda de leyes generales y no tanto vía específica de interpretación. En efecto, así es, en parte..., ya que, a la vista de cómo se la comprende hoy, la comparación es un juego analógico para encontrar explicaciones intersticiales más que generales. La puesta en relación de «comparar lo incomparable» ilumina nuevos caminos, como convincentemente ha señalado M. Detienne.

Lagunas le otorga uno de los mejores capítulos de su libro a la antropología cognitiva. Se agradece y se comprende ese esfuerzo explicativo, aunque la tradición que prevalece hoy, cuando se oscurece el horizonte de

la humanidad, tiende a restablecer la que va de Vico a Dilthey o Croce, que conecta las ciencias humanas con el humanismo clásico. B. Croce. Sin ir más lejos, creía que la historia no era una ciencia sino un arte. No hace falta recordar aquí que R. Nisbet reclamaba hace años para la sociología el ser una de las *belle arti*. Y que al fin y a la postre C. Lévi-Strauss, con su inclinación final hacia la estética, dio el mismo paso, tras un tiempo de optimismo histórico —en los sesenta— en el que había apostado por la antropología emuladora del método científico natural, en realidad, parte del proyecto positivista de hacer una física social.

Yo me quedo con la última parte del libro de Lagunas, aquella que versa sobre el posmodernismo y el dialogismo, ampliamente criticado por parte de la profesión por inconsistente. El dialogismo duda de la posibilidad de hacer un discurso científico, dada la naturaleza de la materia que lo ocupa: el ser humano en sociedad. La dificultad para definir lo que es un hecho social, y sobre todo capturarlo, está encima de la mesa. Yo, sin embargo, tengo las mismas dudas que James Clifford. Con motivo de una agradable comida que compartí *tête-à-tête* con el maestro de la antropología posmoderna, le pregunté aquello de: «Y después del posmodernismo, ¿qué?». A lo que me contestó, encogiéndose de hombros: «Pues la verdad, no he visto nada más». Y es cierto: parece como si el método antropológico hubiese estallado en mil opiniones. Incluso, el trabajo de campo se ha vuelto cuestionable, y hasta objeto de ironía. Las antropologías exprés y a distancia, ensayadas, respectivamente, por Marcel Griaule y Margaret Mead, han ganado terreno. Hoy en día tenemos más turistas antropólogos que propiamente antropólogos *avant la lettre* flaneando por el mundo.

Y con las consecuencias del posmodernismo, sus debilidades y fortalezas —me gusta que Lagunas recurra a los devaneos parisino-marroquíes del turista-antropólogo Paul Rabinow, cuya antigua taberna en Seffrou visité en una ocasión, en una suerte de acto ritual, cerrando de alguna manera el ciclo del «estar allí»—, llegaron las de deconstruccionismo. El doctor Lagunas lo ve como parte de un hecho dubitante de la modernidad enfrentada a sus inseguridades. Cita con frecuencia a E. Said, en su deseo de deconstruir el discurso orientalista, matriz de todo este método, a pesar de no ser antropólogo, sino teórico de gabinete, e igualmente a J.

Derrida, el padre de lo mismo, desde el lado de la teoría sin historia. Ni Said ni Derrida se mancharon nunca los pies de barro.

Hay que agradecer al profesor Lagunas la capacidad imaginativa para transitar por caminos no trillados, y para que con sus propias dudas manifiestas y no disimuladas nos haya puesto ante el problema del método, que recorre la historia del pensamiento occidental desde R. Descartes hasta E. Durkheim. En su libro nos hace entrar en la trama con nuevos argumentos, lo que es de agradecer. Los que creemos que el método no es otra cosa que el camino después de haberlo recorrido —en línea con el *Contra el método* de P. Feyerabend— le estamos agradecidos por su exposición de problemas bien tramados, y sobre todo por que no nos haya dejado encerrados en la historia de los ismos, en la problemática ciencia/arte, en si existen los puntos de vista *etic/emic*, etc. Por muy interesantes que pudiesen ser estos asuntos no lo son tanto para el público en general, o simplemente para mí, que empiezo a tener fundadas dudas tomistas sobre la viabilidad del proyecto antropológico. Concluyo invitando a la lectura del libro de David Lagunas, como decía, en cuanto parte de un brillante ejercicio de diálogo. En mi opinión así lo ha pretendía el autor.